

Carmen Alicia Cardozo de Martínez, Afife Mrad de Osorio, Olga Maldonado Gómez y Gilberto Cely Galindo (Editores), *Ética en investigación. Una responsabilidad social*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia & Pontificia Universidad Javeriana, 2009, 288pp. ISBN 978-958-716-177-9

SI SE PIENSA QUE PRIMERO se habló de responsabilidad social empresarial (RSE), en desarrollo de la pregunta por la ética empresarial o por la ética de los negocios y las organizaciones, y sólo muy recientemente se propuso el tema de la responsabilidad social universitaria (RSU), pudiera surgir la sospecha de que esta secuencia corresponde a algo muy errático: la confusión de un problema real caracterizado como el de las relaciones entre universidad y empresa, con un sentido de universidad como empresa.

Quiero sostener, precisamente con los autores del libro que comento, que la pregunta por la responsabilidad social universitaria está mal planteada si se la entiende en analogía con la responsabilidad social empresarial, como si lo ético le adviniera en cierto sentido a la universidad desde fuera, como ciertamente sí le adviene en cierta forma a la empresa. Por tanto, no creemos que la universidad en cuanto tal tenga que aprender responsabilidad social, por ejemplo, de la religión o de la política, y menos aun de la administración. Recientemente, parece que el indicador *reina* de la responsabilidad social universitaria es *pertinencia*. Es el eufemismo para no decir su funcionalidad, en otros tiempos para la industria militar y el desarrollo de la productividad, luego para la seguridad nacional y, ahora, naturalmente, para la seguridad democrática.

El libro que presento, como lo indican precisamente sus editoras y autores da, ciertamente, con el título y también en general con los ensayos, en el clavo de la problemática: la ética de la investigación en la academia, en los institutos y en los centros de salud es responsabilidad social, que no tiene que aprender de nadie, sino que allí los especialistas y los ciudadanos y ciudadanas van formando una actitud y unas formas de actuar que responden a las necesidades de la sociedad civil. La alianza tejida entre la Universidad Nacional de Colombia y la Pontificia Universidad Javeriana —la mejor pública y una de las mejores privadas— para discutir tema tan urgente ha sido acertada; que sirva de paradigma para una red más amplia de las universidades del país que quieran responder mejor a la cosa misma y no sólo a la vieja exigencia de COLCIENCIAS, que amenaza volverse rutina, de estampar “el chulo ético”, como un indicador más, en todos los proyectos.

Es cierto que la orientación del libro se desvía a veces más de lo necesario de su título, concentrándose en la bioética. Pero esto es explicable. De hecho, la inquietud por la ética de la investigación surge en el ámbito de la bioética, cuando no se considera a ésta como el todo, y de ella aprende mucho; luego se extiende a los demás campos de investigación, como ética empresarial y luego como “responsabilidad social de las diversas disciplinas”. La misma Adela Cortina en su trabajo para el volumen 12 de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, *Cuestiones morales*, titulado “Comités de ética”, termina dedicando el mayor espacio a la bioética¹.

En la Introducción del presente libro tenemos un buen resumen apretado de todos los ensayos y en la conclusión, efectivamente algunas conclusiones, sugerencias y recomendaciones, para mi gusto algo contradictorias, pues se las liga al propósito de buscar *calidad* con *competitividad*, término nefasto con el que se viene invadiendo el área de la educación y de la moral, y que aparece allí en cuatro lugares definitivos, no digo *estratégicamente* porque caigo en la misma contradicción.

Y es que el libro se merece conclusiones más contundentes y propuestas más audaces. No que las actuales no lo sean, pero parecen todavía tímidas frente al reto que enfrentamos en este intento de reconstrucción del proyecto kantiano de las relaciones entre teoría y praxis, entre ciencia y moral. El trasfondo de la mayoría de los artículos es aquel principio de las críticas de Kant, según el cual más allá o más acá de lo que puedo conocer científicamente con base en la experiencia, tiene sentido para el hombre pensar, en especial que es libre y responsable moralmente

¹ Cortina, Adela (1996). “Comités de ética”. *Cuestiones morales*. Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, EIAF, volumen 29. Madrid: Trotta: 291-306.

de su actuar y conocer. Se trata del “asombro ético”, bello término de uno de los autores, que nos abre al sentido mismo de la responsabilidad social como tarea para la sociedad civil, para la universidad misma, para sus estamentos y sus egresados, partiendo de las famosas preguntas: ¿Qué puedo conocer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me es permitido esperar? ¿Qué es el hombre?

El reto de la ética en la sociedad actual lo propone en toda su radicalidad Heidegger en su *Carta sobre el humanismo* en 1946, en lo que pareciera ser una crítica al reduccionismo de la ciencia y la tecnología en el Nacionalsocialismo. Allí relata él cómo al poco tiempo de aparecer *Ser y tiempo*, un joven amigo le pregunta: ¿Cuándo escribe usted una ética? De su respuesta nos interesa la relación que establece entre un posible sentido de humanismo y el desarrollo de la ciencia y la tecnología, en la dirección de un reencantamiento del mundo de la vida con la pregunta por la ética, en un mundo necesariamente desencantado por la técnica.

Para Heidegger, la modernización ha desorientado al hombre y esto exige un replanteamiento de la ética: “El deseo de una ética se vuelve tanto más apremiante cuanto más aumenta, hasta la desmesura, el desconcierto del hombre, tanto el manifiesto como el que permanece oculto. Hay que dedicarle toda la atención al vínculo ético, ya que el hombre de la técnica, abandonado a la masa, sólo puede procurarle a sus planes y actos una estabilidad suficientemente segura mediante una ordenación acorde con la técnica” (Heidegger, 1981, 108). Una educación para la competitividad en términos tayloristas, requiere de la reflexión ética, de suerte que el hombre no quede reducido a maquinaria, respondiendo a su sentido de ser en el mundo únicamente por lo que puede conocer y con lo que puede competir en ciencia, técnica, tecnología e innovación.

Lo más importante del pasaje que venimos leyendo, es la manera como caracteriza Heidegger la ética en un contexto del mundo de la vida, como lo manifiesta el Fragmento 119 de Heráclito: “el hombre habita, en cuanto es hombre, en la cercanía del dios”. Para explicar estas palabras se vale Heidegger de una historia que narra Aristóteles: “De Heráclito se cuentan unas palabras que habría dicho a unos extranjeros deseosos de ser recibidos por él. Al acercarse lo vieron calentándose cerca de un horno. Se detuvieron sorprendidos, y esto sobre todo porque él les infundió valor —a ellos, los indecisos— haciéndoles entrar con estas palabras: también aquí hay dioses”.

Se trata pues de un paradigma humanista en relación con el actuar en el mundo de la vida, basado en el darse el ser al hombre en su modo de ser como existir, *Dasein*, en un horizonte en el que Heidegger puede caracterizarlo de acuerdo con su idea de la diferencia ontológica, con base en la crítica a otros paradigmas humanistas: “El hombre no es el déspota del ente. El hombre es el guardián del ser.

Con este ‘menos’ no pierde nada el hombre, sino que gana —porque arriba a la verdad del ser. Gana la esencial pobreza del pastor, cuya dignidad estriba en ser llamado por el mismo ser a la custodia de su verdad. Este llamado viene como el disparo del que arranca el lanzamiento del existir. El hombre es en su esencia —que es propia de la historia del ser— aquel ente cuyo ser, en cuanto ec-sistencia consiste en habitar en la proximidad del ser. El hombre es el vecino del ser”.

La abstracción de este paradigma salta a la vista. Lo contrario es el dato fenomenológico: el hombre antes que ser el vecino del ser, ya es el vecino del otro o de la otra, lo mismo que una cultura o una época histórica es tal en relación a otras culturas o a otras épocas. Y me atrevería a decir que antes de toda diferencia ontológica, en estricto sentido fenomenológico el hombre percibe la diferencia con el otro en su diferencia. Es precisamente la tesis de Emmanuel Levinas: “...es la irrupción del rostro (del otro) la que, en un primer momento, desarticula la identidad ontológica del yo para luego reconstruirla en un sentido ético”.

Esto lo saben los autores del libro, quienes insisten en el sentido de intersubjetividad no sólo de la ética, sino de la investigación científica misma, y precisamente por ello pueden con toda legitimidad pretender dar razón del sentido de responsabilidad social en muy diversas áreas, que no es otro que el defendido por Hans Jonas, el más citado junto con Potter a lo largo de todo el libro. De modo que si encuentro articulado el principio de una ética intersubjetiva como formadora del sentido de sociedad, en las relaciones entre ciencia, tecnología y sociedad, CTS, quiero acudir al principio responsabilidad para mostrar la articulación de la ética como responsabilidad.

Efectivamente, *El principio responsabilidad* es para Hans Jonas y quienes se inspiran en él, más que una etiqueta, es un auténtico cambio de paradigma para la civilización tecnológica. El lo explica casi en términos de la *Dialéctica de la ilustración*: nosotros somos el peligro que nos rodea y nos sitia constantemente, con el cual tenemos que seguir luchando; en esta lucha nuestro mejor aliado es la naturaleza.

En un comentario², con motivo de la muerte de Hans Jonas, Marion Gräfin Dönhoff, Directora de *Die Zeit*, (El Tiempo), semanario de Hamburgo, comentaba: se ha ido quien enseñó al hombre a comportarse, a ponerse fines, de acuerdo con su lugar en el cosmos y su relación con la naturaleza. Al preguntarle en alguna ocasión: “¿Por qué necesitamos una nueva ética, por qué no vale ya la anterior?”, respondió Jonas: “Ésta era de vieja tecnología; la nueva exige una nueva concepción ética, pues el poder del hombre ha alcanzado unas dimensiones anteriormente inimaginables”. El hombre puede destruir la creación, alterarla, por ejemplo, con la tecnología genética. “¿Cuál debería ser entonces la brújula de nuestro comportamiento?”, respondió Jonas: “La responsabilidad debe ser el complemento del poder, una responsabilidad consciente”.

² En *Revista Humboldt*, N° 109, Año 35/1993, Bonn, Inter Naciones: 103.

En su *Principio responsabilidad* escribe: “Ahora nos estremecemos en la desnudez de un nihilismo donde el máximo poder se empareja con el vacío máximo, la máxima capacidad con el mínimo saber sobre esta cuestión: ¿para qué? Se trata de averiguar si es posible poseer una ética sin recurrir a la categoría de lo sagrado, ya destruida por los avances científicos. Esta ética debería controlar el extremo poder que detentamos, estando casi obligados a ampliarlo y ejercerlo continuamente”. El 30 de enero de 1993, antes de morir, manifestó: “Antaño la religión nos amenazaba con el juicio final. Hoy es nuestro maltratado planeta quien nos predice la llegada de ese día. Esta última revelación no procede del Sinaí ni del sermón de la montaña, tampoco del árbol Bo de los budistas: es una acusación muda que nos pide que pongamos coto a nuestra omnipotencia para no hundirnos en una nada que antaño se consideraba el origen de la creación”.

Lo que más me impresionó de este libro es la madurez y la seguridad, en el mejor sentido de la palabra, con la que colegas colombianos de diversas áreas del saber, sin desconocer la literatura sobre el tema, abordan el problema de la ética en la academia y no sólo para Colombia. La lectura me permite reconstruir el siguiente camino para tejer las relaciones entre ética e investigación:

1. Los y las investigadoras forman parte de una comunidad, marcada por el *ethos* de la universidad en su sentido de pertenencia a una sociedad concreta y de compromiso con sus problemas y urgencias en búsqueda de lo que nos falta.
2. Convencimiento de que desde la teoría y la investigación, si me dejo impresionar por la realidad, el “asombro ético”, la sensibilidad social me abre en actitud de participante al punto de vista moral de los asuntos humanos.
3. Esto me permite comprender la eticidad como responsabilidad social y no meramente como uno de los indicadores de un código de valores o de ética de la investigación.
4. En este sentido, la investigación se convierte en proceso y en dispositivo para ayudar a transformar las estructuras de la sociedad civil y reencantar el mundo de la vida de modo que nos volvamos a encontrar en él como en casa.
5. Un desarrollo comunicacional y discursivo de la ética nos lleva a la necesidad del comprender intersubjetivo e interdisciplinario de los problemas, antes de concluir apresuradamente como especialistas en verdades de expertos, muchas veces ajenas a las urgencias del público. Una ética dialogal es el fundamento inclusive del imperativo del consentimiento informado, que no es otro que una forma de entender el imperativo moral de nunca tomar al otro y a la humanidad sólo como medio y siempre considerarlo al mismo tiempo también y sobre todo como fin.

6. El resultado de estos pasos no puede ser otro que el fomento de una cultura de responsabilidad social en las instituciones y en las comunidades académicas y el fortalecimiento de los comités de ética en todas las áreas del saber y en las universidades como un todo, articulados según el caso también como comités de bioética.

7. Las funciones y criterios de funcionamiento de dichos comités se irán concretando en la medida en que avance la cultura de la investigación en el horizonte de la responsabilidad social: es la ventaja de los procesos sociales cuando a su base está el diálogo, la comprensión y la concertación. Pero, para ello es necesario partir del principio ontológico del pluralismo, en el que se basa toda tolerancia.

En este sentido, quizá la expresión que más impresiona a quienes leen al poeta Hölderlin de la mano de Heidegger es la muy conocida: “*Wo aber gefahr ist, da wächst das rettende auch*” (“Pero donde hay peligro, allí crece también lo que nos salva”). Traducido a ética de la investigación y responsabilidad social en la universidad, nos permite explicarnos por qué cuando amenaza el suicidio de la guerra nuclear, escenificado ya en Nagasaki, se presenta la necesidad de urgir los estudios en ciencia, tecnología y sociedad (CTS), insistiendo en que la “S” de sociedad no es simplemente reemplazable, por ejemplo, por innovación; cuando amenaza la clonación de humanos como un jugar “a dios”, se fortalecen los estudios de bioética especialmente en genómica; el 11 de septiembre, el 11 de marzo y la guerra contra Irak nos ponen de presente el hecho del pluralismo como principio ontológico que obliga a la ética a ser intercultural. En este libro que confirma nuestros planteamientos con respecto a la responsabilidad social universitaria, se encuentran suficientes elementos para abordar estas tareas. Sólo encontré un ensayo sobre la ética de las organizaciones, escrito por un economista. Ojala la crisis de la economía global, cuando “unos diletantes de las finanzas han consumado el mayor robo de todos los tiempos” (Semanao el *Spiegel*), nos sirva para volver a cultivar el sentido crítico de la economía política; y ya no sería “ojala”, sino imperativo moral, a lo que se alude en el mismo libro en relación con la investigación en salud pública: no se puede apostar a una ética de la comunicación, de la comprensión, del diálogo y del discurso, sin adquirir el compromiso desde la academia de recordar a una sociedad en guerra que lo malo de ésta, como lo retoma Kant de un pensador griego, es que crea más personas malas que las que elimina, diagnóstico que lo llevó hace ya 201 años a proclamar como principio fundamental de la doctrina del derecho el veto irrevocable de la razón práctica: “no debe haber guerra”, imperativo que obliga a los Estados y a las personas, así pareciera imposible, es decir como imperativo, no como alternativa, so pena de renunciar al uso de la razón y consumarse como cínicos, a apostarle en el diario vivir a todo aquello que conduzca hacia la paz perpetuamente.

GUILLERMO HOYOS VÁSQUEZ
ghoyos@javeriana.edu.co